

La poesía en la Biblia

Aunque la tradición sinagoga ha anotado como específicamente poéticos los tres libros: Salmos, Proverbios y Job, ello no quiere decir que los otros libros del V.T. estén al margen de la poesía; aquella vieja distinción sinagoga en los libros bíblicos hace referencia mayormente a una especial notación y cantilación de aquellos libros señalados como poéticos en las lecturas litúrgicas en la Sinagoga. Pero siendo la Biblia, esencialmente, el libro de las vivencias de la Alianza del Señor con su pueblo, señalando, como una consigna, un trascendente mensaje de espiritualismo y de redención, no cabe desconocer el aliento poético, el lado emotivo a lo largo de sus páginas. No era posible aquella alta consigna maximamente espiritualista sin una sintonía de acordes poéticos. De modo que desde el Génesis hasta los últimos libros del Canon hay pasajes que ofrecen no sólo la impronta de una superior emoción, sino con un impacto poético que se refleja en la forma y estructura del lenguaje en el raptó de los tropos y metáforas, en el ductus y selección del lenguaje. Ello constituye una verdadera eclosión poética, a veces como candorosamente espontánea, pero otras veces, con todos los atuendos de una técnica poética.

Claro está que la poesía bíblica, que usaba como instrumento lingüístico la lengua hebrea, derivada de la antigua cananea, no podía estar al margen de la técnica poética *de* común a la gran familia de los pueblos semíticos. Precisamente hoy, con los nuevos descubrimientos arqueológicos y documentales, se conoce más y más, la temática y la forma de las viejas poesías semíticas o caníticas que precedieron a la poesía bíblica, y es la gran autoridad del Prof. W.F. Albright quien subraya la persistencia de una vieja solera de la antigua poesía ugarítica a través de la literatura fenicia y hebrea. Así mismo parece evidente un cierto paralelismo en la disposición del salmo 104 y el himno de Amenofis al Sol; en algunos salmos como en el Cantar de los Can

tares aparece como estampada la huella del paisaje del Libano; en cambio, en el libro de Job y en la poesia de algunos libros didacticos de la Biblia trasciende el ambiente poetico de Arabia y de Egipto. En cuanto a la forma, al balanceo del paralelismo que corresponde como a una cierta morosidad e intensidad en la evocacion poetica, en cuanto a la adopcion de una cierta estructura estrofica, ya señalo Ch. G. Cumming que estos atuendos formales se extienden casi a toda el area de las lenguas semiticas. Sin embargo, la poesia biblica -dice Cumming- ca supo sobrepujar incluso a la lirica asiro-babilonica a los desenvolvimientos dados a ese paralelismo de los miembros de la frase. Claro está que esta corriente poetica que informa la Biblia registra toda una trayectoria, y que asistimos a todo un proceso, desde los primeros balbuceos en ciertos pasajes del Genesis hacia su vigorizacion en algunos epinicios, como el cántico de Moises y el de Debora, o en algunas bendiciones ungidas de profetica piedad, v. gr. la de Moises, en suplicaciones vertidas a la faz del Altisimo, como la plégeria de Ana, madre de Samuel. En los tiempos de David ya encontramos de todo lozana la poesia hebraica y con la organizacion de la liturgia del Templo, con los coros de cantres, hubo ya de estructurarse una colmada poesia sagrada biblica.

Fijandonos ahora en la tematica de la poesia bíblica, hay que subrayar que el primero y axial de los temas poeticos de la Biblia es el del Dios personal y ~~espí~~ santo, puro espíritu, el del Señor, padre amoroso de toda la humanidad, justo y longánime, que ha hecho al hombre a imagen y semejanza suya, constituido en su mandatario como rey de la Creacion. Una pequeña parcela de esta humanidad caída -desde que en los albores de su existencia corrompió aquellos vínculos y desdibujó aquellas semejanzas que lo unian al Señor-, o sea, la progenie de Abraham, le sirven como de prenda, y así como este Dios es sólo espíritu, también esta pequeña parcela ~~de~~ hebraica, en medio de pueblos hermanos librados a un teratológico y desenfrenado culto naturalista, pugnará siempre, si bien no sin tristes tropiezos, para espiritualizarse, para hacer via

hacia la más alta belleza moral, hacia los suaves vínculos de la perfección ética y de la caridad. Pero esta restauración moral, esta consecución de altos ideales espirituales, no se hizo sin lucha ni sin una dura ascesis, y aunque no estén registrados detalladamente no dejan de sentirse, a lo largo de toda la Biblia, los ecos de esta acerrima lucha de espíritu, el trofeo victorioso de la cual fue la vivencia del Dios de la santidad, cantado como tema cimero, en los himnos y loores bíblicos. Este es el tema cimero de la poesía bíblica: la exultación adorante, latreútica, vertida como una ofrenda a la faz del Señor. Este sentimiento de rendida adoración, de alborozado júbilo ante la santidad del Señor, ante su poder y su longanimidad, ante su amor paterno, es el quicio primero y capital de toda la temática de la poesía hebrea. A la sublimidad de esta concepción espiritualista de Dios, corresponde la sublimidad verdaderamente connatural - como dijo Coleridge - del alma poética hebrea, del espíritu hebreo que pugna por sintonizarse y educarse en aquellos altos ideales. Esta alteza espiritual, junto con la emoción de lucha y victoria ascética que la acompaña, comunica a la poesía latreútica hebrea un raptó, una pureza que la diferencia toto coelo de las otras poesías semíticas.

Si bien esta exultación lírica latreútica embebe gran parte de la Biblia, como un aura de primavera, es en algunos libros, como los Salmos, Job, donde resplandece en particular, así como en algunos cantos especiales, como el de Moisés en el paso del Mar Rojo. Esta exultación adorante de la lírica hebrea puede celebrar el poder, la majestad de Dios, ya en su obra de la creación, en la máquina del universo o bien puede centrarse especialmente en la consideración de la generosa y paternal providencia del Señor en pro de su pueblo elegido. Dos ejemplos sintomáticos de ello tenemos en los dos salmos: 103 y 104. En el primero, llamado por antonomasia el Salmo de la Creación, el poeta bíblico celebra y exulta a Dios en sus obras; el poeta ^{salmista} contempla la sublime obra de la Naturaleza, el firmamento, los montes y los valles, la yerba, pas-

to de los gamos, y los altos cedros del Libano, el mar y sus maravillas. Pero hay que tener en cuenta que la vision del poeta es trascendente: esa admirable obra de la creacion no es más que el testimonio de la majestad, de la gloria del Señor. Este concepto de "gloria" es típico de nuestra poesia: "Celi enarrant gloriam Dei". Esta gloria es como el halo, la aureola de la obra del Señor, es como su autentico testimonio. Esta vision cosmologica del poeta biblico está particularmente atenta a detectar esta estela de gloria que aureola a la Creacion, y diriamos que su mirada, sintetica y trascendente, sobre el Cosmos, es como una mirada angélica que vela las altas vias del Señor. Nada tan lejos del naturalismo panteista o del magismo mitologico que envuelve casi todas las otras cosmologias orientales.

En cuanto a la otra tematica laireutica de la poesia biblica se centra en la consideracion de la especial providencia del Señor para con su pueblo elegido: el autor del Salmo 104 prorrumpe en cantos de gratitud y de lóores para el Señor que eligio a Israel, que lo guarda como a la niña de los ojos, que lo salvó de la opresion de Egipto, lo condujo a traves del desierto, alimentandolo milagrosamente, que hendió la peña y brotaron las aguas, que venció a los poderosos pueblos vecinos. Este sentimiento de gratitud adorante replica poderosamente en la hondura de la entraña hebriaca y se expande en bellisimos himnos eucaristicos (Todá). Esta eleccion del Señor en favor del pueblo hebreo se centra en la capital del pais, en la Jerusalem de David, la ciudad que guarda el Templo del Señor, que es el escabel de su gloria y quicio de su providencia con el pueblo elegido. Todos los Salmos graduales o salmos de alturas (maalot) que se entonaban especialmente por las multitudes que se dirigian a Jerusalem, por la fiesta de Pascua, cuando en lontananza se divisaban las cupulas del Templo, estan embebidos de este sentimiento de gratitud y leticia por los altos titulos y destinos de Jerusalem.

Pero esta relacion providente y amorosa entre el Señor y su pueblo electo se altifica aun revistiendose de una antrañable simbologia poetica. Si dentro

de la simbología poética bíblica, toda la naturaleza con su magnificencia es como un galardón, un símbolo de la gloria y del amor de Dios, no podía escapar a esta poética ley de simpatía lo más noble y bello que se concibe en las relaciones humanas, las bellas y puras efusiones de los esposos. El amor conyugal es la imagen preferida por los Profetas para encarecer el amor de Dios a su pueblo. El amor conyugal en Israel, sostenido por los lazos de su religiosa espiritualidad, elevaba a la más alta y recíproca valoración el esposo y la esposa, y siguiendo la ley bíblica, una belleza interna, una atracción superior anima y da sentido a las gracias corporales. Y este espiritualismo en la relación conyugal quedó como consagrado con la aludida valoración alegórica, con la modulación de amor humano hacia amor divino: el casto amor conyugal sentido y presentado como adecuada expresión del amor del Señor hacia su pueblo electo, expresión simbólica que ha cristalizado especialmente en los gentiles requerimientos de amor, en las ardientes protestas y suplicaciones de los dos esposos en el bello epitalamio del Cantar de los Cantares. Aunque la estructura del Cantar de los Cantares pueda revestir la forma de los cantos en las fiestas nupciales de Israel, aunque se resienta de cierta semejanza o paralelismo con expresiones epitalámicas de otros pueblos, es lo cierto que resplandece en el Cantar una pura y alta valoración de la desposada, cosa insólita en tierras asiáticas, y que la tradición israelita ha elevado esta expresión a las místicas alturas del amor del Señor para con su pueblo.

Otro tema de la poesía exultante bíblica lo encontramos en los salmos llamados hoy día de entronización. o sea, salmos en los que se celebra el rey descendiente del rey David, como hito y arras de la bendición de Yahvé, en la gran marcha del pueblo de Israel hacia las plenitudes de los tiempos mesiánicos. Se celebra en tales salmos al Rey, como representante del pueblo elegido, como depositario de las bendiciones y promesas del Señor, como portabandera y adelantado de la nación hacia la consecución de las promesas avizoradas ya en la distancia. Hoy día la crítica quiere identificar tales salmos con ciertos himnos reales de los pueblos vecinos, pero no se puede disminuir aquella valencia religiosa, mesiánica.

Junto con la poesía himnica la Biblia ofrece la poesía de la plegaria, la elegía del arrepentimiento, el salmo penitencial. El hombre, que se reconoce culpable, implora a Dios, suplicale perdón y guía, en un sentido de admirable armonía de la libertad humana, con la presencia divina. El alma, laguadeciente y enferma, derrám, se humilde a los pies del Señor, duélese de sus faltas y de sus miserias; pero jamás es pesimista. El alma del poeta bíblico es fortísima, puesto que está unguida de mansedumbre y de resignación. Y así del fondo de la plegaria penitencial, sica de introspección psicológica, se desprende ~~xxxx~~ siempre un aroma de renovamiento, una alegre esperanza de redención y superación. Si la poesía himnica era predominantemente centrífuga, expectiva, ésta es centrípeta, introspectiva. Además, su valoración es de índole moral. La relación del poeta con Dios se nos aparece aquí aun más íntima. El alma humana que en el himno se alborozaba cantando la gloria del Señor y sabiéndose su electa pregonera, aquí se nos presenta caída y deficiente, pero ansiando, contrita, se restaure aquella relación entr añable. Es una intrínseca contrición por haber menospreciado la obra del Creador, sólo por haber defraudado a la Bondad suprema. "Tibi soli peccavi", dice el Salmista. Es una ponderación substantiva de un déficit moral y de la necesidad de su reposición. Y este sentimiento de contrita confesión de una falta moral se perfecciona en el de la esperanza de una su peración redentora. Al mundo estático de la creación sigue ahora el mundo dinámico de la redención. Aquí progresamos en la economía de la vivencia del Dios de la santidad y de la caridad, cuya sublimidad moral se manifiesta en su infinito capacidad de misericordia. Esta esperanza de superación unge el salmo penitencial de una suavidad, de una humilde ternura, de una gozosa consolación que repica en lo más íntimo del ser humano. Pues el alma contrita sabe que de parte de Dios no se romperá el vínculo de amor, fuente de vida para ella.

En parte, se podría emparentar la poesía precativa, contritiva, del salmo penitencial con el género elegíaco de la qina; se diferenciarían esencialmente que en la qina el horizonte se ha ampliado a todo un pueblo, rebasando así el ámbito de la conciencia individual. Pero hay que tener en cuenta que gran parte de los salmos precativos son la voz de todo un sector de los judíos pios, humildes, perseguidos, y aquí la plegaria ya toma una valencia más general, avicinándose al de la qina. Este género esencialmente elegíaco alcanzó sus más entrañables cotas en las Lamentaciones, qinot del profeta Jeremías por la ruina de su pueblo, pero hay que subrayar que este desconsuelo, esta lamentarse de la Qina, no acaba nunca en simple pesimismo, sino que espera siempre en las indeficientes redenciones del Señor. Formalmente el ritmo poético de la qina adopta el esquema de 3 2 acentos, o sea dos miembros, más corto el segundo respecto al primero, y esta mayor brevedad del segundo miembro conviene mucho a la expresión elegíaca de la qina, pues es a modo de una suspensión caída del ductus poético.

En cuanto a la poesía gnómica, didáctica en la Biblia, el libro más representativo es el de los Proverbios, si bien es un libro desigual, falto de una verdadera unidad interna, que el mismo se nos presenta como una yuxtaposición de diferentes materiales: aparte un prólogo y el elogio de la Sabiduría (cap. I-10) ^{hay} una serie de 376 sentencias o proverbios atribuidos a Salomón, los cuales revisten la forma predominante de disticos (caps. 10-22) una colección anónima de sentencias y máximas, a modo de Dichos de los Sabios, y atribuida a los antepasados, cap. 22, 17-24; otra colección de unos 127 proverbios, atribuidos también a Salomón, pero coleccionados en tiempo de Ezequías, cap. 25-29, y, por fin, a modo de apéndice los Apotegmas de Agur, la exhortación de la madre del rey Lemuel y como corona del Libro didáctico, el Elogio de la mujer fuerte, canto a la virtud del ama o madre de la casa israelita, verdadero centro y alma de la familia hebraica; hay que notar que este último poema revista la forma acrostica alfabética, cosa que también ocurre en algunos salmos y es un rasgo de la poesía oriental. Se ha discutido mucho sobre las fuentes de la paremiología del Libro de los Proverbios, y se lo ha cotejado en especial

que ofrece cierta afinidad con el libro egipcio de la Sabiduría de Amen-em -Ope, sobre todo con los Apotegmas de los sabios. Pero hoy en día, se tiende por algunos críticos a ver en la sabiduría egipcia ciertos destellos de influencia hebraica.

Vista la temática que regula la inspiración de la poesía bíblica, hemos de fijarnos rápidamente en los elementos formales de la misma. Se ha dicho y con razón que la poesía bíblica es más poesía de fondo que de forma, o sea que pone el acento, la intención poética mucho más en el fondo de inspiración que en los arrequives y elementos externos, puramente decorativos. Pero no puede negarse la parte immanente y connatural que tiene lo formal precisamente como signo y eco de aquella emoción interna. Hay una ley psicofísica que preside el fenómeno de la expresión poética y a la emoción interna corresponde una conmoción, un ritmo, una cadencia en la expresión. De aquí los elementos formales que registramos en la poesía hebraica al par de las otras poesías de la familia semítica. Uno de los más típicos es el paralelismo de los miembros en la expresión poética. Diríamos que este paralelismo es a modo de un balanceo del espíritu, un eco o respuesta a sí mismo, un reiterado esfuerzo en la expresión a fin de sentirse a sí mismo otra vez: Se volvía sobre el tema expresado, se insistía sobre el sentimiento expresado, aguzando a veces la expresión, reflejándola o quebrándola como en un espejo, corroborando los términos u oscureciendo las tintas. Según el modo de este balanceo moroso del espíritu, de esta respuesta o eco, así se denomina el paralelismo: sinonímico, antitético, sintético, etc. La lírica hebraica superó a las otras líricas semíticas en los desenvolvimientos dados a este paralelismo.

Señalando una unidad superior a la del distico paralelistico, formado ya por dos versos o por dos hemistiquios, aparece el grupo estrofico, que también es común a otras poesías vecinas, pero que en la Biblia, sobre todo en los Salmos hace resaltar la especial cantilación de los mismos. Tal estructura estrofica nos indica que el corega, el menaseah, entonaría tales estrofas y la comunidad de los fieles intervendrían repitiendo a modo de responso

rio una eulogia, una bendición, una parte final de la estrofa; este responsorio aparece, a veces, al principio del salmo. En algún salmo acrostico como en el largo salmo II9 las estrofas están indicadas por las letras iniciales de los diferentes versos, pues las diferentes estrofas octavas ofrecen sus versos iniciados por la misma letra. Distintos elementos retóricos externos como son las asonancias, aliteraciones, rimas, etc. aparecen también con alguna mayor frecuencia en la poesía que en la prosa. Y desde luego el estilo tropológico, las metáforas a menudo muy atrevidas y felices como exponente de un gran movimiento emotivo, también se dan más frecuentemente en la poesía que en la prosa. Aunque hay que reconocer que hay pasajes sobre todo en los profetas, que sin ser poéticos, participan en grado sumo de los caracteres poéticos, tanto internos como externos, sin que esta afirmación nos haya de forzar a admitir la hipótesis de D.H. Muller y del P. Condamin quien extiende la forma estrofica a todo el texto profético, aunque sea al precio de grandes dislocaciones de versos.

Hay que destacar que esta poesía hebraica bíblica se continuó hasta los días de la vuelta de la cautividad de Babilonia, y que la vivencia de tal poesía era firme hasta en los mismos días inmediatamente anteriores a Jesucristo como se echa de ver en las admirables Hodayyot halladas entre los manuscritos de la I^a cueva de Qumran. Asimismo en el Nuevo Testamento encontramos en el Evangelio de San Lucas las admirables composiciones poéticas del Magnificat de la Virgen, el Benedictus de Zacarías y el *unc dimittis* del anciano Simeon, poesías que tanto en su contenido temático como en su forma de elocución, nos reflejan las notas más características de la poesía hebraica bíblica.

Bibliografía.

- Ch.G. Cumming: The assyrian and hebrew hymns of praise. New York, 1934
- W.F. Albright: Archaeology and the Religion of Israel. Baltimore, 1956 y su artículo: Some Remarks on the Song of Moses in Deuteronomy XXXII IX en Vetus Testament (Octubre 1959), vol. XXI, nº 4. en Semitica, VII (1957)
- A. Duponr-Sommer: Le Livre des Hymnes découvert pres de la mer Morte (IQH)
- G. Widengren: Sakrales Königtum im A.T. und im Judentum. Stuttgart, 1955

Sólo con voz vacilante, consciente de mi poquedad, podría terciar en este magnífico Congreso Litúrgico Diocesano, en el que han intervenido tantos y tan preclaros liturgistas. Pero me alienta el saber que con ello obedezco a nuestro venerado y querido Prelado, quien al mandarme me honra, y también, no he de ocultarlo, me alborozar el alma el poderme hacer eco de mis vivencias litúrgicas desde el tiempo de mis lejanas mocedades. ¡Cómo alegraban mi espíritu los asomos de las fiestas que se celebraban en la amplia iglesia arciprestal de mi población nativa, metida entre montañas! La apreciable vida lugareña de entonces, eremecida y espiritualizada por el desfile de las fiestas litúrgicas, por la alegría del ciclo de Navidad que daba calidez a los entumecidos fríos de invierno; por el compás de espanto de Cuaresma, cuando las violetas eran un manto morado en la menuda grama de los prados, armonizando así con los mantos morados de la Semana de Pasión; aquellas velas de las Cuarenta horas, en las que se turnaban todas y cada una de las calles y plazas de la población, mientras que en la procesiones de Semana Santa, en la grave voz de sus coros vislumbra ya toda la hondura peregrina de los Salmos penitenciales, todo para sublimarse con transportes de célica leticia, en la mañana de Pascua, con el repique más gozoso de las campanas y con el aleluyático canto del "Resurrexit" por el Ángel ante la faz consolada de María.

Pero no eran sólo las grandes fiestas litúrgicas las que encontraban eco en mi alma, pues todo el año se sucedían las novenas, las octavas, los septenarios y quinaros, y aun en primavera y en otoño, la devoción popular daba vida a una serie de romerías, de aplacs, de rosars, en los que el ingenuo pero firmísimo pueblo, anclado en la mejor tradición hispana, actuando ya como peborde, obreros, pebordeas, colaboraba con los Parrocos, para la mejor galanura de aquellas humildes celebraciones litúrgicas.

La Liturgia como expresión del culto religioso

Sólo con voz vacilante, consciente de mi poquedad, podría terciar en este magnífico Congreso Litúrgico Diocesano, en el que han intervenido tantos y tan preclaros liturgistas. Pero me alienta el saber que con ello obedezco a nuestro venerable y querido Prelado, quien al mandarme me honra, y también, no he de ocultarlo, me alborozar el alma el poderme hacer eco de mis vivencias litúrgicas desde el tiempo de mis lejanas mocedades. ¡Cómo alegraban mi espíritu los asomos de las fiestas que se celebraban en la amplia iglesia arciprestal de mi población nativa, metida entre montañas! La apacible vida lugareña de entonces eramecida y espiritualizada por el desfile de las fiestas litúrgicas, por la alegría del ciclo de Navidad que daba calidez a los entumecidos fríos de invierno; por el compás de espere de Cuaresma, cuando las violetas eran un manto morado en lamenuada grana de los prados, armonizando así con los mantos morados de la Semana de Pasión; aquellas velas de las Cuarenta horas, en las que se turnaban todas y cada una de las calles y plazas de la población, mientras que en las procesiones de Semana Santa, en la grave voz de sus coros vislumbré ya toda la hondura perenne de los dolores penitenciales, todo para sublimarse con transportes de célica leticia, en la mañana de Pascua, con el repique más gozoso de las campanas y con el aleluyático canto del "Resurrexit" por el Angel ante la faz consolada de María.

Pero no eran sólo las grandes fiestas litúrgicas las que encontraban eco en mi alma, pues todo el año se sucedían las novenas, las octavas, los septenarios y quinaros, y aun en primavera y en otoño, la devoción popular daba vida a una serie de romerías, de aplecs, de rosers, en los que el ingenuo pero firmísimo pueblo, anclado en la mejor tradición hispana, actuando ya como pabordes, obrers, pabordes as, colaboraba con los Parrocos, para la mejor gala-nura de aquellas humildes celebraciones litúrgicas.

Porque, en verdad, la Liturgia es la voz, el acento, el gesto hierático de la Iglesia cuando reza, cuando rinde el tributo latreutico, de adoración, al Creador, cuando impetra y ruega. En la Liturgia las cosas salen de su fría indiferencia, y cobran un valor nuevo, un valor simbólico, una valencia carismática de sacramentales. La Liturgia asociando las cosas en sus oficios, dándoles categoría de instrumentos hierofónicos, las eleva, las espiritualiza, las sublima. Ciertamente coben dos posiciones, ambas desorbitadas, en nuestro comercio con los entes naturales del mundo externo. Por causa de la quiebra íntima de nuestro ser, fruto de la falta original, las cosas de nuestro entorno muy a menudo son para nosotros como un torcedor, una seducción, y debido a la subversión de nuestra vida interna también operamos una subversión de valores, muy a menudo tendemos a supervalorar, a querer desordenadamente esas cosas que nos seducen, y, en verdad, llegamos a divinizarlas. Bien dijo el Doctor de Hipona que allí donde está tu corazón allí está tu Dios. Toda la historia de la humanidad está transida de esta subversión tristísima de valores, el naturalismo religioso de los pueblos de la antigüedad oriental y aun clásica, con sus ritos y liturgias orgiásticas, son un índice de esta subversión de valores, de este bastardeamiento de nuestra naturaleza.

Pero frente a esta posición supervalorizadora de las cosas de nuestro entorno se levanta otra posición extremadamente opuesta, como en una oscilación pendular: es la negación de todo comercio, de toda relación con las cosas, desconociéndolas, apagándolas como se ^{extingue} ~~apaga~~ la luz de una llama, entregándolas a las impasibles soledades nihilistas del Nivana. El Cristianismo es la salvación contra estos dos escollos y con la Liturgia las cosas humildes cobran un nuevo sentido, se engalanan y tornan como de luces de fiesta, y forman como el marco, el retablo del cristiano orante. Ellas, que son como los relieves, los resaltes, de la mesa en que nos sentó el Creador, así como un Padre sienta a sus hijos, se invisten de una categoría superior, son como los heraldos, las arras de ese mismo Padre,

Porque, en verdad, la Liturgia es la voz, el acento, el gesto hierático de la Iglesia cuando reza, cuando pide el tributo latreutico, de adoración, al Creador, cuando impetra y ruega. En la Liturgia las cosas salen de su fría indiferencia, y cobran un valor nuevo, un valor simbólico, una valencia carismática de sacramentales. La Liturgia asociando las cosas en sus oficios, dándoles categoría de instrumentos hierofónicos, las eleva, las espiritualiza, las sublima. Ciertamente existen dos posiciones, ambas desorbitadas, en nuestro comercio con los entes naturales del mundo externo. Por causa de la quiebra íntima de nuestro ser, fruto de la falta original, las cosas de nuestro entorno muy a menudo son para nosotros como un torcedor, una seducción, y debido a la subversión de nuestra vida interna también operamos una subversión de valores, muy a menudo tendemos a supervalorar, a querer desordenadamente esas cosas que nos seducen, y, en verdad, llegamos a divinizarlas. Bien dijo el Doctor de Hipona que allí donde está tu corazón allí está tu Dios. Toda la historia de la humanidad está transida de esta subversión tristísima de valores, el naturalismo religioso de los pueblos de la antigüedad oriental y aun clásica, con sus ritos y liturgias orgiásticas, son un índice de esta subversión de valores, de este bastardeamiento de nuestra naturaleza.

Pero frente a esta posición supervaloradora de las cosas de nuestro entorno se levanta otra posición extremadamente opuesta, como en una oscilación pendular: es la negación de todo comercio, de toda relación con las cosas, desconociéndolas, apagándolas como se ^{extingue} la luz de una llama, entregándolas a las impasibles soledades nihilistas del Nirvana. El Cristianismo es la salvación contra estos dos escollos y con la Liturgia las cosas humildes cobran un nuevo sentido, se engalanan y tornan como de luces de fiesta, y forman como el marco, el retablo del cristiano oriente. Ellas, que son como los relieves, los resaltes, de la mesa en que nos sentó el Creador, así como un Padre sienta a sus hijos, se invisten de una categoría superior, son como los heraldos, las arras de ese mismo Padre,

se jerarquizan en un nuevo orden y como en la Escala de Jacob, a través de ellas, suben y bajan las cohortes de ángeles hasta los pies del Señor.

Pero aun hay otro aspecto, otra faceta en el despliegue de la Liturgia cristiana, faceta que ya no mira a las cosas, sino al hombre sujeto del acto litúrgico. Es un hecho que el hombre es una criatura social, que en la sociedad alcanza su plenitud, sus más logradas cotas; por tanto, respetando y admirando la excepción del eremita, del solitario cenobita, hemos de reconocer que el hecho religioso se implanta adecuadamente en lo social. La Iglesia, como la propia palabra ya nos lo declara, es una sociedad para los más altos y sobrenaturales fines. Pero quizás la palabra social no bastaría para expresar cumplidamente todo el ámbito y la valencia de la Liturgia cristiana. En el Antiguo Testamento, fuente, en parte, de la liturgia cristiana, vemos como es la familia, la sociedad natural de padres e hijos, la que participa y se beneficia de la vida litúrgica, tanto de la sacrificial como de la parrenética; por familias, ascendían los judíos al Templo de Jerusalén, cantando salmos graduales, en las grandes solemnidades, y aunque en los atrios del Templo se compartieran hombres y mujeres todos se presentaban allí como quien va a la casa del padre común; en los Profetas, en los Salmos, en el Cantar de los Cantares apunta ya un lenguaje entrecantado, apuntan como unos recuerdos inefables, de cálida afectividad familiar. El Cristianismo, sublimación definitiva del Antiguo Testamento ha realizado, con su Liturgia, más y más este ideal de hermandad familiar; Jesucristo, culminando en sus enseñanzas lo que solo habían iniciado los Profetas, dió carácter preceptivo al amor de caridad, y en los momentos más solemnes de su vida, en la última Cena, al instituir el sacramento de la Eucaristía, la acompañó de toda una liturgia de amor: el lavatorio de los pies, se despidió de los suyos llamándoles hijitos, poniéndose como el verdadero pastor, el camino y la vida dándoles como presea de su amor el dar su vida por los suyos. Y así con estos vínculos familiares de hermandad, de hermanos menores de Jesucristo, rescatados por su amor, acuden los cristianos al Templo, acompañan a la liturgia sacrificial de la santa misa o

se jerarquizan en un nuevo orden y como en la Escala de Jacob, a través de ellas, suben y bajan las cohortes de ángeles hasta los pies del Señor.

Peró aun hay otro aspecto, otra faceta en el despliegue de la Liturgia cristiana, faceta que ya no mira a las cosas, sino al hombre sujeto del acto litúrgico. Es un hecho que el hombre es una criatura social, que en la sociedad alcanza su plenitud, sus más logradas cotas; por tanto, respetando y admirando la excepción del eremita, del solitario cenobita, hemos de reconocer que el hecho religioso se implanta adecuadamente en lo social. La Iglesia, como la propia palabra ya nos lo declara, es una sociedad para los más altos y sobrenaturales fines. Pero quizá la palabra social no bastaría para expresar cumplidamente todo el ámbito y la valencia de la Liturgia cristiana. En el Antiguo Testamento, fuente, en parte, de la Liturgia cristiana, vemos como es la familia, la sociedad natural de padres e hijos, la que participa y se beneficia de la vida litúrgica, tanto de la sacrificial como de la parrenética; por familias, ascendían los judíos al Templo de Jerusalén, cantando salmos graduales, en las grandes solemnidades, y aunque en los atrios del Templo se compartieran hombres y mujeres todos se presentaban allí como quien va a la casa del Padre común; en los Profetas, en los Salmos, en el Cantar de los Cantares ^{alienta} ~~punta~~ ya un lenguaje entrañable, apuntan como unos recuerdos inefables, de cálida afectividad familiar. El Cristianismo, sublimación definitiva del Antiguo Testamento ha realizado, con su Liturgia, más y más este ideal de hermandad familiar; Jesucristo, culminando en sus enseñanzas lo que solo habían iniciado los Profetas, dió carácter preceptivo al amor de caridad, y en los momentos más solemnes de su vida, en la última Cena, al instituir el sacramento de la Eucaristía, le acompañó de toda una liturgia de amor: el levatorio de los pies, es despidió de los suyos llamándoles hijitos, poniéndose como el verdadero pastor, el camino y la ^{verdadera} ~~vida~~ ^{ofreciendo} ~~dándoles~~ (como presca de su amor el dar su vida por los suyos. Y así con estos vínculos familiares de hermandad, de hermanos menores de Jesucristo, rescatados por su amor, acuden los cristianos al Templo, acompañan a la liturgia sacrificial de la santa misa

a las distintas modalidades de la liturgia parentica, adorando, suplicando, doliendose contritos, esperando, agradeciendo, y siempre amando a Dios y a su proximo que, como hermano, ^{esta} ~~Nunca~~ ^{está} sentado a su vara. Nunca como en las solemnidades liturgicas, llenando ^{los fieles} las naves del Templo, mientras resuenan las graves pero dulces notas del organo y los volutes del incienso remontan anclor de suavidad hacia lo alto, los cristianos se sienten mas hermanos unos hacia los otros, todos ellos a la presencia del Padre comun, representado por su ministro, el sacerdote.

Pero la Liturgia ha tenido y tiene sus particulares enemigos: aquellos que no saben o no quieren captar esta especial canalizacion latente del hombre hacia Dios, esta oblation de sacrificios, de bendiciones, de plegarias de que es vehiculo la Liturgia, asegurando la plenitud de la adoracion colectiva al Señor, aquellos que no quieren hacer honor a este venero de vida espiritual no tienen reparo en asimilar la Liturgia a simples practicas rituales de magia simpatica. Ha habido toda una escuela hoy ya en cierto olvido, la escuela folklorista de Frazer, con su obra The golden Bough, que pretende reducir toda la liturgia de la Biblia a simple magia simpatica. Es una posicion negativa analoga a la actual de demitologizador de Bultmann. Pero nosotros ya sabemos que la letra mata mientras que el espiritu vivifica, y con el magisterio de la Iglesia ya sabemos a qué atenernos. Para aquellos criticos el gesto de Moises rogando al Señor y extendiendo los brazos para ahincar mas su plegaria al Señor, para hacerle más fuerza, es simplemente un acto de magia simpatica. La bendicion de los campos que se hacia por el Sacerdote, el ofrecimiento de las primicias por Pentecostes no eran mas que ritos mágicos. No han sabido captar el espíritu que alenta y sopla en dichos pasajes y hace trascender todo el ambito bíblico respecto del primitivismo de los ritos de magia simpatica. Es más, la negligencia forzada, ^{la negligencia} aprioristica, del factor espiritual en la vivencia de nuestro hecho liturgico, reduce automaticamente a simple espajismo, a una experiencia alogica, magica podriamos decir, el supuesto razonamiento de aquellos autores.

a las distintas modalidades de la liturgia parnetica, adorando, suplicando, doliéndose contritos, esperando, agradeciendo, y siempre amando a Dios y a su prójimo que, como hermano, ^{est} ~~Nuestro~~ ^{est} ~~sentado~~ a su vera. Nunca como en las solemnidades litúrgicas, llenando las naves del Templo, mientras resuenan las graves pero dulces notas del órgano y las volutas del incienso remontan en olor de suavidad hacia lo alto, los cristianos se sienten hermanos unos hacia los otros, todos ellos a la presencia del Padre común, representado por su ministro, el sacerdote.

Pero la Liturgia ha tenido y tiene sus particulares enemigos: aquellos que no saben o no quisieran captar esta especial canalización letúrgica del hombre hacia Dios, esta oblación de sacrificios, de bendiciones, de plegarias de que es vehículo la Liturgia, asegurando la plenitud de la adoración colectiva al Señor, aquellos que no quisieran hacer honor a este venero de vida espiritual ni tienen reparo en asimilar la Liturgia a simples prácticas rituales de magia simpática. Ha habido toda una escuela hoy ya en cierto olvido, la escuela folclorista de Frazer, con su obra *The golden Bough*, que pretende reducir toda la liturgia de la Biblia a simple magia simpática. Es una posición negativa análoga a la actual de semiologizadores de Bultmann. Pero nosotros ya sabemos que la letra mata mientras que el espíritu vivifica, y con el magisterio de la Iglesia ya sabemos a qué atenernos. Para aquellos críticos el gesto de Moisés rogando al Señor y extendiendo los brazos para abincar más su plegaria al Señor, para hacerle más fuerza, es simplemente un acto de magia simpática. La bendición de los campos que se hacía por el Sacerdote, el ofrecimiento de las primicias por Pentecostés no eran más que ritos mágicos. No han sabido captar el espíritu que alenta y sopla en dichos pasajes y hace trascender todo el ámbito bíblico respecto del primitivismo de los ritos de magia simpática. Es más, la negligencia forzada, apriorística, del factor espiritual en la vivencia de nuestro hecho litúrgico, reduce automáticamente a simple espejismo, a una apariencia alógica, mágica podríamos decir, el supuesto razonamiento de aquellos autores.

Para nosotros, los cristianos, nos ha de ser particularmente cara toda esta liturgia de tradición viejotestamentaria, acodada, claro está, pero no vinculada en la vida de las cosas que nos rodean, por cuanto Nuestro Señor Jesucristo no negó sino que sublimó esa liturgia, invistiéndola de nueva y más alta simbología. Jesús, ya acercándose al climax de su ministerio, en la última fiesta de los Tabernáculos, en el séptimo día de la solemnidad cuando el Sacerdote, a lo largo de bella liturgia ofrecía en vaso de oro el agua de la venerada fuente de Siloé, entonces el Redentor tomó pie de aquella ceremonia para presentarse al pueblo como la plenitud y la verdadera eclosión de aquella simbología, diciendo: -Si alguno tiene sed que venga a mí y beba. El que cree en mí, de su seno brotarán ríos de agua viva (Cf. S. Juan 17, 39). Y pocos días más tarde, tomando pie Jesús de las grandes luminarias que se encendían durante la noche, se refirió también a sí mismo a aquel simbolismo diciendo: -Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas sino que gozará de luz de vida".

Pero fué en la gran fiesta de la Pascua hebrea cuando la liturgia cristiana *hacia* continuación y sublimación de la liturgia viejotestamentaria. Fué precisamente bajo aquella luna de Nisan, bajo aquel plenilunio del equinoccio vernal -equinoccio que había sido para las religiones naturalistas orientales- como el anuncio de sus ritos orgiásticos, cuando el Señor quiso que se registrara una gran victoria de espíritu; en aquella ocasión solemne en aquella fiesta de la naturaleza el Señor quiso liberar a su pueblo respecto de la torpe crasitud de las mitologías egipcias no menos torpes y crasas porque revistieran sus símbolos con formas buidas y hieráticas. La Pascua hebrea fué una remisión, una victoria del espíritu en medio de la pompa lustral del equinoccio de primavera. Fué una convocatoria espíritu enfrente la opresión de unas mitologías tan aparatosas como caliginosamente letárgicas. Pero es que aquella Pascua mosaica no fué sino el preanuncio de la verdadera Pascua, el sacrificio del cordero sin mancha fué el símbolo del sacrificio del Cordero de Dios, del Agnus Dei, de Jesucristo. He aquí que el Señor se procuraba y nos procuraba una Hostia que le fuera condigna. Y la liturgia

MSB 2 MA

Para nosotros, los cristianos, nos ha de ser particularmente cara toda esta liturgia de tradicion viejotestamentaria, acodada, claro está, pero no vinculada en la vida de las cosas que nos rodean, por cuanto Nuestro Señor Jesucristo no negó sino que sublimó esa liturgia, invistiéndola de nueva y más alta simbología. Jesús, ya acercándose al climax de su ministerio, en la última fiesta de los Tabernáculos, en el séptimo día de la solemnidad cuando el Sacerdote, a lo largo de bella liturgia ofrecía en vaso de oro el agua de la venerada fuente de Silohé, entonces el Redentor tomó pie de aquella ceremonia para presentarse al pueblo como la plenitud y la verdadera esclosion de aquella simbología, diciendo: -Si alguno tiene sed que venga a mí y beba. El que cree en mí, de su seno brotarán rios de agua viva (Cf. S. Juan 17, 39). Y pocos días mas tarde, tomando pie Jesús de las grandes luminarias que se encendían durante la noche, se refirió también a sí mismo a aquel simbolismo diciendo: -Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas sino que gozará de luz de vida".

Pero fueran la gran fiesta de la Pascua hebrea cuando la liturgia cristiana quiso continuación y sublimación de la liturgia viejotestamentaria. Fue precisamente bajo aquella luna de Nisan, bajo aquel plenilunio del equinoccio vernal -equinoccio que había sido para las religiones naturalistas orientales- como el anuncio de sus ritos orgiásticos, cuando el Señor quiso que se registrara una gran victoria de espíritu; en aquella ocasión solemne, en aquella fiesta de la naturaleza el Señor quiso liberar a su pueblo respecto de la torpe arasitud de las mitologías egipcias no menos torpes y crasas porque revistieran sus símbolos con formas buidas y hieráticas. La Pascua hebrea fue una remisión, una victoria del espíritu en medio de la pompa lustral del equinoccio de primavera. Fue una convocatoria espíritu enfrente la opresión de unas mitologías tan aparatosas como caliginosamente letárgicas. Pero es que aquella Pascua mosaica no fue sino el preanuncio de la verdadera Pascua, el sacrificio del cordero sin mancha fue el símbolo del sacrificio del Cordero de Dios, del Agnus Dei, de Jesucristo. He aquí que el Señor se procuraba y nos procuraba una Hostia que le fuera condigna. La liturgia

de la Misa, así como la de la Pascua hebrea es un recuerdo pero asimismo es un sacrificio renovado, es como el sacrificio de la Nueva Alianza; he aquí que en el sacrificio de la Misa, merced al poder taumaturgico de las palabras del sacerdote consagrando las manos del sacerdote florecen con el Cuerpo de Jesucristo, son como unas perennes Varas de Jesse que se engalanan con el Pimpollo de Judá, con el divino Redentor sacramentado. Oh, qué milagro y plenitud de gracia, merced al Sacrificio de la santa Misa, sublimación del sacrificio pascual de la Antigua Alianza, aquel Mesías, aquel Immanuel, clave de la vida en Dios como también clave de la vida en nosotros, quien durante siglos estuvo como latente en vigilia de fe y esperanza en el mundo de los Patriarcas, Profetas y Salmistas, es hoy como immanente entre nosotros, en el Sacramento del amor! Con cuánta afición de caridad hemos de corresponder a esta galana y humilde compañía de Jesús sacramentado, a lo largo de esta solana de la historia que empieza con su Pasión y muerte en Cruz!

Y así como en la liturgia viejotestamentaria todo giraba en torno a la Pascua y al sacrificio pascual, también en la Nueva Alianza diríamos que desde el rezo de horas en el Oficio divino hasta las diversas parrhasias todo se polariza en torno a la liturgia de la Santa Misa. Con que amor tan entrañable le ha cuidado la ~~///~~ Iglesia, con que pureza debían acercarse los primeros cristianos a la fracción del Pan eucarístico, según nos recuerda San Pablo, y qué fortaleza comunicaba a los mártires en su holocausto por el testimonio de su fe. La Iglesia ha conservado con la mayor fidelidad esta antigua tradición de la liturgia de la Misa: en la liturgia oriental - en el fondo, idéntica a la occidental - tenemos que el rito siríaco nacido en la iglesia antioquina y gran tradición emplea aun en la liturgia de la Misa la lengua siríaca que es la misma casi ^{lengua canónica} que emplea Jesucristo, pero para facilitar la mayor comprensión de los fieles ^{otros} dió entrada sobre todo en los partes fuera del Canon, a diferentes lenguas vivas, el árabe, el caldeo, el griego, ^{hoy día, el mismo hebreo, el ruteno, etc.} el armenio, etc. Y de nuestra liturgia romana de la Misa ¿qué diremos, sino que en ella el latín eclesíastico sabe tanto a la noble lengua del Latín como trasciende los más genuinos aromas bíblicos y destila balsemos de suavidad, de unción, ora demajestad patriarcal ora de dulcedumbre. Es en nuestra liturgia romana que s

de la Misa, así como la de la Pascua hebrea es un recuerdo pero asimismo es un sacrificio renovado, es como el sacrificio de la Nueva Alianza; he aquí que en el sacrificio de la Misa, merced al poder taumaturgico de las palabras del sacerdote consagrando las manos del sacerdote florecen con el Cuerpo de Jesucristo, son como unas perennas Varas de Jesse que se engalanan con el Pimpollo de Judá, con el divino Redentor sacramentado. Oh, qué milagro y plenitud de gracia, merced al Sacrificio de la santa Misa, sublimación del sacrificio pascual de la Antigua Alianza, aquel Mesías, aquel Emmanuel, clave de la vida en Dios como también clave de la vida en nosotros, quien durante siglos estuvo como latente en vigilar de fe y esperanza en el mundo de los Patriarcas, Profetas y Salmistas, es hoy como immanente entre nosotros, en el Sacramento del amor! Con cuánta afectación de caridad hemos de corresponder a esta galana y humilde compañía de Jesús sacramentado, a lo largo de esta solana de la Historia que empieza con su Pasión y muerte en Cruz!

Y así como en la liturgia viejotestamentaria todo giraba en torno a la Pascua y al sacrificio pascual, también en la Nueva Alianza diríamos que desde el rezo de horas en el Oficio divino hasta las diversas parrhasias todo se polariza en torno a la liturgia de la Santa Misa. Con qué amor tan gratificante la ha custodiado la ~~la~~ Iglesia, con qué pureza debían acercarse los primeros cristianos a la fracción del Pan eucarístico, según nos recuerda San Pablo, y qué fortaleza comunicaba a los mártires en su holocausto el testimonio de su fe. La Iglesia ha conservado con la mayor fidelidad esta antigua tradición de la liturgia de la Misa: en la liturgia oriental - en el fondo, idéntica a la occidental - tenemos que el rito siríaco emplea aun en la liturgia de la Misa la lengua siríaca, que es la misma casi que la que empleó Jesucristo, pero para facilitar la mayor comprensión de los fieles diócesanos sobre todo en las partes fuertes del Canon, a diferentes lenguas vivas, el árabe, el caldeo, el griego, ^{hoy día el mismo hebreo, el ruteno, etc.} Y de nuestra liturgia romana de la Misa ¿qué diremos, sino que en ella el latín eclesialógico sabe tanto a la noble lengua del Lacio como trasciende los más genuinos aromas bíblicos y destila balsemos de suavidad, de unción, oración y majestad patriarcal ora de dulcedumbre. Es en nuestra liturgia romana que

compuso aquel joyel, coruscante de luz como una custodia, el Oficio de la fiesta del Corpus Christi (procesion ~~del~~ del Corpus, triunfo inefable del amor eucaristico en las calles primaverales de nuestra Barcelona); el Angelico Doctor, Santo Tomas de Aquino, ahito de Aristoteles, cansado de esforzarse en las Sagradas Escrituras, como se remozaria escribiendo, inspiradisimo, aquel Oficio del Corpus, con aquellas cédidas y aldas estrofas del Pange lingua gloriosi corporis mysterium, con su desfile laudatorio de eulogias: Laus et jubilatio, salus, honor, virtus quoque sit et benedictio "que parecen exhaladas de un salmo davidico. Fidelidad entrecabida de la Liturgia de la Iglesia, tanto en el fondo, como en el acento, en el modo, a aquel que despues de haber sido el Esclavo de los collados eternos, quiso ser perennemente nuestro Cordero pascual, nuestra parcela suprema, nuestro Viatico, nuestro Immanuel, nuestro supremo Sacramento;

Pero nos interesa hacer constar que siendo como es esta Liturgia, tan entrañable y fiel, expresion del culto laudatorio o precativo de la Iglesia, y estando implantada en lo social, ha ejercido los más saludables efectos sobre este mismo cuerpo social; aparte los carismas y gracias de índole espiritual que la Liturgia canaliza generosamente para el alma, ella ha actuado para los pueblos de la gran familia cristiana como una inapagable fuente de inspiracion artistica. El alma de los pueblos se ha abrevado en sus dones y preseas: no solamente ella ha pautado así como un cuadrante solar, un reloj del sol de Jesus, las fiestas, las pléyades, los gozos, las penas espirituales de la gente cristiana, sino que las ha regido esta maravilla de sus templos, de sus catedrales, de sus monumentos artisticos. Y para rendir la mejor gloria a Jesucristo ella no vaciló en pedir la mayor dignificacion de su culto, el condigno tributo de las cosas, y el Oriente y el Occidente se asociaron para la oblation de sus presentes en el arte liturgico, siempre perseguido con una superior consigna de espiritualidad. En el arte de las Catacumbas, aparece ya la figura del Buen Pastor

compuso aquel joyel, coruscante de luz como una custodia, el Oficio de la fiesta del Corpus Christi (procesion *l'héx* del Corpus, triunfo inefable del amor eucarístico en las calles primaverales de nuestra Barcelona); el Angelico Doctor, Santo Tomas de Aquino, ahito de Aristoteles, cansado de esforzarse en las Sagradas Escrituras, como se remozaria escribiendo, inspiradísimo, aquel Oficio del Corpus, con aquellas cálidas y aladas estrofas del Pange lingua gloriosi corporis mysterium, con su desfile litúrgico de eulogias: Laus et jubilatio, salus, honor, virtus quoque sit et benedictio que parecen exhaladas de un salmo davidico. Fidelidad entrañable de la Liturgia de la Iglesia, tanto en el fondo, como en el acento, en el modo, a aquel que después de haber sido el Esperado de los collados eternos, quiso ser perennemente nuestro Cordero pascual, nuestra piedad suprema, nuestro Viatico, nuestro Immanuel, nuestro supremo Sacramento;

Pero nos interesa hacer constar que siendo con esta Liturgia, tan entrañable y fiel, expresión del culto litúrgico o precativo de la Iglesia, y estando implantada en lo social, ha ejercido los más saludables efectos sobre este mismo cuerpo social: aparte los carismas y gracias de índole espiritual que la Liturgia canaliza generosamente por el alma ella ha actuado para los pueblos de la gran familia cristiana como una inagotable fuente de inspiración artística. El alma de los pueblos se ha abrevado en sus dones y presencias solamente ella ha pautado así como un cuadrante solar, un reloj del sol de Jesús, las fiestas, las alegrías, los gozos, las penas espirituales de la gente cristiana, sino que les ha regalado esta maravilla de sus templos, de sus catedrales, de sus monumentos artísticos. Y para rendir la mejor gloria a Jesucristo ella no vaciló en pedir la mayor dignificación de su culto, el condigno tributo de las cosas, y el Oriente y el Occidente se asociaron para la oblation de sus presentes en el arte litúrgico, siempre perseguido con una superior consigna de espiritualidad. En el arte de las Catedrales, aparece ya la figura del Buen Pastor

superando y espiritualizando antiguos paradigmas de tradición clásica; el primer emperador cristiano Constantino ordena la construcción de diversas basílicas en Tierra Santa, de las cuales se conserva entera la de Belén y restos de las otras, y ya se ve cómo los motivos evangélicos, los símbolos eucarísticos añoran la temática de aquellos mosaicos fastuosos, en los cuales se dan la mano la técnica oriental sasánida y la de tradición clásica; el arte litúrgico de la Alta Edad Media, arte bizantino, mozárabe, románico, está en función con las normas piadosas de la época y con el ambiente social; arte hierático, estilizado, simbólico, en el que se tiende a contemplar al Cristo glorioso, en las representaciones del Pantocrator de los absides y de los tímpanos; pero, cuando las condiciones de la vida social se hacen más llevaderas, cuando los pueblos y los municipios, las ciudades adquieren largo vuelo, con el florecimiento de la vida gremial, cuando la piedad de la escuela franciscana ama ya interiorizarse en la contemplación de la vida del Redentor, desde el pesebre de Belén hasta las torturas del Calvario y cuando la teología se remonta con vuelo de águila en manos de un Santo Tomás de Aquino, entonces vienen las catedrales góticas cuyas ojivas se levantan más y más como para vibrar al unísono de los fervidos himnos eucarísticos, para dar más paso a las grandes procesiones de la liturgia, y siguiendo la simbología de linaje bíblico toda la gran fábrica de la catedral es como una secuencia de un himno un retablo de símbolos, desde el rosetón del abside que mira a Oriente, a Jerusalén -nunca conviene decir el aforismo Ex oriente Lux- hasta el rosetón de la fachada que reverbera con aquella luz que se proyecta desde el abside, rosetón que, por tanto, podría muy bien simbolizar a María, la Virgen y Madre del Redentor.

Y si en estas consideraciones que solo nos atrevemos a exponer como desmedrado espigoso dentro siempre del espíritu que señalaba la gran encíclica "Mediator Dei et hominum" de S.S. el Papa Pío XII, sobre los tesoros de piedad y la Liturgia supone para el pueblo cristiano, pasemos ahora rápidamente a fijarnos en la influencia de la poesía y el canto litúrgicos,

superando y espiritualizando antiguos paradigmas de tradición clásica; el primer emperador cristiano Constantino ordena la construcción de diversas basílicas en Tierra Santa, de las cuales se conserva entera la de Belén y restos de las otras, y ya se ve cómo los motivos evangélicos, los símbolos eucarísticos en la temática de aquellos mosaicos fastuosos, en los cuales se dan la mano la técnica oriental sasánida y la de tradición clásica; el arte litúrgico del Alto Medioevo, arte bizantino, mozárabe, románico, está en función con las normas piadosas de la época y con el ambiente social; arte hierático, estilizado, simbólico, en el que se tiende a contemplar al Cristo glorioso, en las representaciones del Pantocrator de los obispos y de los tiempos; pero, cuando las condiciones de la vida social se hacen más llevaderas, cuando los pueblos y los municipios, las ciudades adquieren largo vuelo, con el florecimiento de la vida gremial, cuando la piedad de la escuela franciscana ya interiorizarse en la contemplación de la vida del Redentor, desde el pesebre de Belén hasta las torturas del Calvario y cuando la Teología se remonta con vuelo de águila en manos de un Santo Tomás de Aquino, entonces vienen las catedrales góticas cuyas ojivas se levantan más y más como para vibrar al unísono de los fervidos himnos eucarísticos, para dar más peso a las grandes procesiones de la liturgia, y siguiendo la simbología de linaje bíblico toda la gran fábrica de la catedral es como una secuencia de un himno un retablo de símbolos, desde el roseton del abside que mira Oriente, a Jesucristo -nunca con el verbo decir el aforismo "Ex oriente Lux- hasta el roseton de la fachada que reverbera con aquella luz que se proyecta desde el abside,, roseton que, por tanto, puede muy bien simbolizar a María, la Virgen y Madre del Salvador.

Y si en estas consideraciones nos solo nos atrevemos a exponer como desmedrado espiguelo dentro siempre del espíritu que señalaba la gran enciclica "Mediator Dei et hominum" de N.S. el Papa Pio XII, sobre los tesoros de piedad de la liturgia supone para el pueblo cristiano, pasamos ahora rápidamente a fijarnos en la influencia de la poesía y el canto litúrgicos,

¿qué habremos de decir que no sea como un repique de gloria? Enfrente de
de poesía retóricamente evanescente la poesía litúrgica, de linaje bíblico,
ha sabido reunir las dos gamas de la sencillez y de la sublimidad, como expre-
sion de los mas altos efectos ofrecidos a la faz del Señor, y en su estuendo
exterior ha tendido, del mismo modo que los Salmos prodigos en formas cora-
les, a dar entrada a la voz del pueblo fiel, cuya voz se cruza bajo la forma
de responsorios y antifonas, con la voz del celebrante. Este modo, tan popular
de la poesía y del canto litúrgico explica el hecho que de nos habla S. Jer-
nimo que en su tiempo se solian las melodias litúrgicas, el canto de algunos
salmos, en boca del labrador tras de su arado. Las suaves modulaciones de la
Iglesia jerosolimitana llegaron incluso hasta la reforma operada en Milan
por S. Ambrosio, y cada día se admite mas por los litúrgistas esta vieja conti-
nuidad que alumbró el nacimiento del canto llano o tambien gregoriano. Es
este suavisimo canto gregoriano, que para el alma devota parece como un arru-
llo de palomas, que traduce a maravilla las efusiones de la liturgia cris-
tiana y que como dijo el Papa San Pio X, ofrece las mismas notas de la Litu-
gia, o sea, la santidad y la universalidad. En nuestros dias el Papa Pio XII
que rige tan
falzmente la Barca de Pedro, ha dedicado nada menos que una Enciclica a la
Musica sagrada, la enciclica "Musicae sacrae disciplina", y en ella al imo-
nar el canto gregoriano ~~2/4~~ como de uso exclusivo para la Misa solemne, ha
hecho una cumplida apologia del mismo; dice el Papa que el canto gregoriano
hace mas vivas y fervorosas las preces litúrgicas de la comunidad cristiana
para que pueda con mas fuerza, intensidad y eficacia elevar sus suplicas y al-
banzas a Dios trino y uno". En verdad, dice Pio XII, la musica es como la sie-
va de la Liturgia, y ya son bien conocidos los efectos de enfervorizacion
que la musica religiosa provoca en el alma tan sensible del Obispo de Hi-
pona. El mismo, como el Apostol S. Pablo (Cf. su Epistola a los Efesios 5, 18),
requeria a los fieles para que unieran sus voces en el canto litúrgico, pu-
es el que cantaba era como si rezar dos veces. De esta poesía y musica litur-

cas han derivado distintas influencias sobre la poesia y musica profana.
Las formas responsoriales de la Liturgia explican luego posteriores desarrollos que llegan hasta la forma típica de los gozos o goigs de los reyes, tan rica nuestra devoción popular. También el Papa en la aludida enciclica requiere que no se relegue al olvido este canto religioso popular sino que puede coadyuvar con el canto gregoriano a la mayor asociación del pueblo al espíritu de la liturgia.

De modo que la Liturgia cristiana, aparte el caudal de gracias espirituales que nos depara, ofrece para la educación afectiva, artística, del cristiano altos paradigmas y consignas. En verdad, la Liturgia así como el cirio pascual encendido al flanco del altar nos da un mensaje de luz espiritual y calidez del corazón a todos los fieles.

cas han derivado distintas influencias sobre la poesía y música profanas. Las formas responsoriales de la Liturgia explican luego ulteriores desenvolvimientos que llegan hasta las formas típicas de los gozos o goigs de los que tan rica nuestra devoción popular. También el Papa en la aludida encíclica requiere que no se relegue al olvido este canto religioso popular sino que puede coadyuvar con el canto gregoriano a la mayor asociación del pueblo al espíritu de la liturgia.

De modo que la Liturgia cristiana, aparte el caudal de gracias espirituales que nos depura, ofrece para la educación efectiva, artística, del cristiano altos paradigmas y consignas. En verdad, la Liturgia así como el cirio pascual encendido al flanco del altar nos da un mensaje de luz espiritual y calidez del corazón a todos los fieles.